

# EL SUEÑO DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Contracultura, Canción-protesta  
y Kalashnikov

José Manuel Azcona y Majlinda Abdiu (eds.)



---

## EL SUEÑO DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL



---

JOSÉ MANUEL AZCONA  
MAJLINDA ABDIU  
(eds.)

EL SUEÑO  
DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL  
Contracultura, Canción-protesta  
y Kalashnikov

GRANADA, 2020

---

## COMARES HISTORIA

Director de la colección:  
Miguel Ángel del Arco Blanco

### ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: [libriecomares@comares.com](mailto:libriecomares@comares.com). Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

Este libro es el resultado de los Proyectos de Investigación de la Cátedra de Excelencia URJC Santander Presdeia adscrita al Vicerrectorado de Innovación y Transferencia de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid:

F33-HC/Cat-Ib-2018-2020: La auto-representación del guerrillero.

F35-HC/Cat-Ib-2018-2020: Historia de la violencia armada en Colombia.

F44-HC/Cat-Ib-2020-2022: Contracultura y música de protesta en América en la década de 1960.



Fotografía de portada:  
Mausoleo del Che Guevara en Santa Clara (Cuba)

Diseño de cubierta:  
Natalia Arnedo

© Los autores

© Editorial Comares, S.L.  
Polígono Juncaril  
C/ Baza, parcela 208  
18220 • Albolote (Granada)  
Tlf.: 958 465 382

<https://www.comares.com> • E-mail: [libriecomares@comares.com](mailto:libriecomares@comares.com)  
<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>  
<https://www.instagram.com/editorialcomares/>

ISBN: 978-84-1369-038-4 • Depósito Legal: Gr. 991/2020

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

---

## SUMARIO

PRÓLOGO .....	XI
<i>José Manuel Azcona y Majlinda Abdiu</i>	

### PRIMERA PARTE

#### KALASHNIKOV: GUERRILLA ARMADA

Cap. I.—LITERATURA Y VIOLENCIA POLÍTICA .....	3
<i>José Manuel Azcona y Majlinda Abdiu</i>	
I. LA DIALÉCTICA ENTRE LOS LIBROS Y LA IDEOLOGÍA .....	3
II. CONTRA LA OPRESIÓN DEL PUEBLO .....	9
III. LA ESPERANZA... LAS LETRAS .....	14
IV. RACIONES DE LIBERTAD .....	18
Cap. II.—IDENTIDAD Y MARXISMO EN EL SUEÑO DE LA REVOLUCIÓN EN PERÚ .....	23
<i>Jerónimo Ríos Sierra y Cristina del Prado Higuera</i>	
I. INTRODUCCIÓN .....	23
II. EL FUNDADOR DEL APRA Y EL APRISMO: BREVE ESBOZO DE LA VIDA DE VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE .....	24
III. EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE .....	27
IV. UNA MIRADA AL PARTIDO ALIANZA POPULAR REVOLUCIONARIA AMERICANA: APRA .....	29
V. HAYA DE LA TORRE FRENTE A MARIÁTEGUI .....	32
VI. EL APRA DESPUÉS DE HAYA DE LA TORRE .....	36
VII. CONCLUSIONES .....	40
Cap. III.—JACOBO ARBENZ, LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE EN GUATEMALA Y EL SUEÑO DE LA JUSTICIA SOCIAL .....	41
<i>Jerónimo Ríos Sierra y Alberto Martín Álvarez</i>	
I. INTRODUCCIÓN .....	41
II. LA ESTRUCTURA SOCIAL GUATEMALTECA: GÉNESIS DE UNA SOCIEDAD FRACTURADA .....	43
III. EL GOBIERNO DE JORGE UBICO: CRISIS POLÍTICA, INESTABILIDAD ECONÓMICA Y PÉRDIDA DE AUTORIDAD ..	45
IV. EL GOBIERNO DE JUAN JOSÉ ARÉVALO (1945-1950) .....	49
V. EL GOBIERNO DE JACOBO ARBENZ (1951-1954) .....	51
VI. CONCLUSIONES .....	55

Cap. IV.—LA REVOLUCIÓN CUBANA DE 1959. IDEARIO Y GUÍA . . . . .	57
<i>Eduardo Rey Tristán y Valeria González Lage</i>	
I. LA NOCHEVIEJA EN LA HABANA DE 1958 . . . . .	57
II. SOÑAR LA REVOLUCIÓN, CONSTRUIR LOS SUEÑOS (1952-1972) . . . . .	59
III. LA CONSTRUCCIÓN DEL IDEAL REVOLUCIONARIO . . . . .	67
IV. EL IDEAL CONVERTIDO EN GUÍA . . . . .	73
V. EPÍLOGO . . . . .	76
Cap. V.—MLN-TUPAMAROS Y EL NACIMIENTO DE LA GUERRILLA URBANA . . . . .	79
<i>Miguel Madueño Álvarez</i>	
I. EL ÁNGULO DENTRO DEL RECTÁNGULO . . . . .	79
II. EL BARRETÍN, LA ASPIRINA Y EL MANGANGÁ . . . . .	87
III. LOS TUPAS Y LA ORGA . . . . .	94
IV. CONCLUSIONES . . . . .	100
Cap. VI.—«CARLOS, EL CHACAL» Y EL TERRORISMO TRANSVERSAL . . . . .	103
<i>Adriaan P. V. Kühn</i>	
I. SOBRE LA RELACIÓN ENTRE ILICH RAMÍREZ SÁNCHEZ Y CARLOS «EL CHACAL» . . . . .	103
II. EL TERRORISMO TRANSVERSAL EN LA GUERRA FRÍA . . . . .	108
III. CARLOS Y LOS ESTADOS SOCIALISTAS DEL ESTE DE EUROPA - EL EJEMPLO DE LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA . . . . .	113
IV. A MODO DE CONCLUSIÓN . . . . .	117
Cap. VII.—EZLN O LA GUERRILLA SUBALTERNA. CONTRACULTURA EN LA SELVA DE CHIAPAS . . . . .	119
<i>Manuel Burón Díaz</i>	
I. INTRODUCCIÓN . . . . .	119
II. ESTADO MEXICANO Y RESISTENCIA CONTRAHEGEMÓNICA . . . . .	121
III. DE LA CLASE A LA IDENTIDAD: EL INDIANISMO DEL EZLN . . . . .	127
IV. LA SANGRE Y LA TINTA: LOS INTELECTUALES Y EL EZLN . . . . .	131
Cap. VIII.—EL TERRORISMO EN ITALIA: NACIMIENTO, EVOLUCIÓN Y DERROTA DE PRIMERA LÍNEA . . . . .	141
<i>Matteo Re</i>	
I. INTRODUCCIÓN . . . . .	141
II. CONTEXTO HISTÓRICO DE LOS AÑOS DE PLOMO . . . . .	142
III. EL 77 Y EL MOVIMIENTO DE LA AUTONOMÍA . . . . .	147
IV. EL NACIMIENTO DE PRIMERA LÍNEA . . . . .	150
V. ESTRUCTURA Y ATENTADOS . . . . .	153
VI. CONCLUSIONES . . . . .	157
SEGUNDA PARTE	
CONTRACULTURA Y CANCIÓN PROTESTA	
Cap. IX.—LAS AMÉRICAS Y 1968: REVOLUCIÓN Y CANCIÓN PROTESTA . . . . .	161
<i>Juan Andrés García Martín</i>	
I. LA MÚSICA, UN VEHÍCULO DE PROTESTA . . . . .	161
II. 1968, EL AÑO MÁS INTENSO DE SUS VIDAS . . . . .	163
III. LA NUEVA CANCIÓN LATINOAMERICANA . . . . .	164

IV. LA CANCIÓN PROTESTA EN ESTADOS UNIDOS . . . . .	176
V. A MODO DE CONCLUSIÓN. . . . .	182
Cap. X.—MÚSICA ALTERNATIVA Y REVOLUCIONARIA EN LAS DEMOCRACIAS DE EUROPA OCCIDENTAL (1957-1970) . . . . .	183
<i>David Mota Zurdo</i>	
I. ESTADOS UNIDOS Y REINO UNIDO: UNA RELACIÓN INDISOCIABLE EN LA ECLOSIÓN DE LA MÚSICA POPULAR. . . . .	185
II. LA CHANSON FRANCESA . . . . .	189
III. DEL CANTACRONACHE AL ROCK PROGRESIVO ITALIANO . . . . .	191
IV. PROVO, LA MÚSICA BEAT Y LOS COMPOSITORES DE VANGUARDIA EN PAÍSES BAJOS. . . . .	195
V. KRAUTROCK, CANCIÓN PROTESTA Y SU INCIDENCIA EN ALEMANIA. . . . .	198
VI. CONCLUSIONES. . . . .	201
Cap. XI.—CONTRACULTURA, COMUNAS Y CAMBIO CLIMÁTICO. . . . .	205
<i>Miguel Ángel Ajuriaguerra Escudero</i>	
I. INTRODUCCIÓN. . . . .	205
II. CONSIDERACIONES PREVIAS. . . . .	206
III. URBANISMO, INSATISFACCIÓN Y CAMBIO SOCIAL . . . . .	209
IV. TIERRA MADRE. . . . .	214
V. EL EJEMPLO DE LA DROP CITY . . . . .	222
Cap. XII.—VIOLENCIA GLOBAL: DE LA AMENAZA COMUNISTA AL FENÓMENO TERRORISTA. . . . .	233
<i>Mariano García de las Heras González</i>	
I. INTRODUCCIÓN. . . . .	233
II. AMÉRICA LATINA Y LA FIGURA DE «PATIO TRASERO» ESTADOUNIDENSE DURANTE LA GUERRA FRÍA . . . . .	233
III. NUEVAS AMENAZAS Y VIEJOS DISCURSOS: LA GUERRA CONTRA EL TERRORISMO GLOBAL . . . . .	240
IV. CONSIDERACIONES FINALES . . . . .	245





---

## PRÓLOGO

La idea de revolución ha sido constitutiva de la concepción que Occidente tiene de la historia. La propia historia contemporánea (la modernidad, para los anglosajones) parecería haberse inaugurado, tras siglos de supuesta inmovilidad, por un repentino big bang. Una doble revolución, económica y política al mismo tiempo, y cuya energía vendría a irradiar y transformar al mundo entero durante dos siglos. ¿Qué sería entonces la historia sino un camino jalonado de revoluciones? La independencia de Estados Unidos; el gran modelo de la Revolución Francesa y, acaso más importante, la subsiguiente imposición napoleónica; el ciclo revolucionario hispánico (1820-1823) —en realidad, y a pesar de la desatención de la historiografía, el mayor proceso de creación de naciones de la contemporaneidad—; las revoluciones liberales, burguesas y ya finalmente democráticas de 1820, 1830 y 1848; el llamado a una nueva revolución universal, ahora proletaria, con la publicación del Manifiesto Comunista (1848); la Comuna de París en 1871; la Revolución Mexicana de 1910... en esa teleología tan propia de Occidente, en ese camino de progreso y perfectibilidad humana que era la historia occidental, la revolución es el hito que marca el movimiento.

Tiene la revolución, por tanto, vocación ecuménica, pero al mismo tiempo parece establecer una jerarquía, pues aquel que protagoniza una sublevación (económica o política) se sitúa a la vanguardia de la historia, metáfora temporal y espacial que, junto con sus semejantes: progreso, desarrollo, evolución... vendría a ordenar toda acción humana en la historia. Al igual que avanzaba la tecnología, el comercio o la creación de riqueza, avanzaban —en sucesivas rebeldías— los derechos y libertades. Territorios y grupos de población antes excluidos, se incorporaban a la historia. «La masa total del género humano, con alternancias de calma y agitación, de bienes y males, camina siempre, aunque a paso lento, hacia una perfección mayor», dirá ya Turgot. En este avanzar histórico siempre hubo fricciones. Algunos reaccionaron preocupados ante el fin de sus privilegios (¿la contrarrevolución —nos preguntamos— es una revolución?). Otros buscaron ir más allá: no la incorporación o igualación, sino el exclusivo gobierno (y la revancha) de los desheredados.

De esta manera, la revolución ha sido exaltada y temida al mismo tiempo, pues nace con una contradicción en su seno, siempre constituida por una doble tensión: entre ruptura y continuidad (con el ‘gatopardismo’ como principal enunciación de su paradoja); la revolución bien entendida como monismo (humanista y universal), o como dialéctica (entre lucha de clases, pero también entre Estados); revolución ‘en un solo país’ o universal (siempre con dos antagonistas en su seno: Stalin y Trotski, Castro y Guevara, incluso, podríamos afirmar, San Pablo y San Pedro); la revolución que quiere ser ‘permanente’ pero que inevitablemente se esclerotiza, que genera élites donde entonces las derribó. La revolución, o quizá deberíamos decir el sueño de la revolución, cuya distorsión llevó a la violencia y nada más que a la violencia.

En los años treinta del siglo XX llegaría el gran desafío a la democracia liberal que tan costosamente había sido construida en la centuria anterior. Primero, con los fascismos. Luego, sobre todo, con la resulta de la Revolución de Octubre (1917): un siglo corto marcado por una revolución hecha imperio, pero también por el reguero de revoluciones en el Tercer Mundo que marcaría la Guerra Fría (China en 1949, Cuba en 1959...). La revolución sería desde entonces no sólo un marcador de transformación, sino una condición *sine qua non*; no una descripción de un cambio político, social o económico, sino una justificación ad hoc de toda conquista o toma de poder; no un medio, sino un objetivo en sí mismo. No es que el sueño de la revolución no hubiera producido monstruos en el siglo XIX (el terror, las guerras civiles en el mundo hispano...) sino que éste supo crear mitos y relatos (el nacionalismo o el propio progreso) que costosamente los hicieron olvidar. El siglo XX trajo al mismo tiempo la deshumanización y la masificación tanto de la guerra como de la revolución. Como explicaba amargamente Albert Camus, autor que vino a simbolizar las dificultades de la disidencia a la revolución mundial dentro del propio Occidente: «los campos de esclavos bajo el estandarte de la libertad, las matanzas justificadas por el amor al hombre o la inclinación a lo sobrehumano, dejan sin amparo, en cierto sentido, al juicio».

Nunca más que durante la Guerra Fría pareció la revolución encantar al mundo entero con su esperanza de emancipación. El progresivo levantamiento del telón soviético (Hungría 1956, Praga 1968, Berlín 1989) supuso el despertar del sueño dogmático de la revolución y, con él, acaso el fin de la comprensión de la propia revolución como mascarón de proa de la historia. Tres fueron los acontecimientos que pueden indicar el inicio del fin del ciclo que nos ocupa. La revolución de Mayo del 68, revolución extraña e inversa, realizada desde la abundancia y no desde la miseria, desde el individuo y no desde el grupo, desde las minorías y no desde la mayoría. Marcando quizás así el fin a aquellas vías de racionalización que habían resultado propias de Occidente. Esto es, una revolución ya no moderna, sino posmoderna. En segundo lugar, la Revolución Islámica de Irán de 1979; en donde ésta, por primera vez, ni hablaba el lenguaje de la tradición revolucionaria iniciada en 1789, ni marcaba el avance que se le presupone a la concepción clásica de la revolución. Sino, al contrario, una involución de varios siglos y el inicio de la nueva lógica de los fundamentalismos. Y, por último, la caída del muro en

1989 que, salvo posiciones extravagantes, disipaba cualquier duda sobre los resultados del «socialismo realmente existente» y, con ello, (y quizás también con Tiananmen) disipaba también el sueño de la revolución social que había recorrido el siglo XX. El libro que tenemos en las manos «El sueño de la Revolución social: contracultura, canción-protesta y *Kalashnikov*» propone un análisis más contemporáneo y profundo de la revolución social como realidad histórica universal. El eje articulador de los autores intenta desde el principio investigar con seriedad y analizar científicamente la verdadera transformación radical de la vida humana, dirigida por el nuevo orden paneuropeo del pensamiento y de la acción. Recordamos que el primer cambio social, verdaderamente transformador se produjo en Egipto antiguo en 2200 a.C. durante el reinado de Pepy II cuando: «El país giraba sobre sí mismo como el torno del alfarero... El rey había sido expulsado por los miserables... Mientras los mendigos se habían convertido en dueños de los tesoros... Los ricos estaban de luto, los pobres de fiesta... En cada ciudad se decía: expulsemos a los poderosos que están entre nosotros...», como escribió Donadoni.

El discurso actual se refiere a la «revolución social» insinuando la ocupación del poder estatal (como el caso de la Revolución rusa). También otras corrientes marxistas señalan la revolución social como «ámbito mundial» por generar cambio sustancial desde y por las bases de la sociedad, aunque las transformaciones triunfantes hasta ahora, resultan ser protagonizadas por las clases bajas. Por otro lado aparece la actitud anarquista que intenta superar la terminología política o económica, implementando la imagen de igualdad ilimitada en donde: «Camareros y dependientes miraban al cliente cara a cara y lo trataban como a un igual. Las formas serviles e incluso ceremoniosas del lenguaje habían desaparecido. Nadie decía «señor», o «don» y tampoco «usted»; todos se trataban de «camarada» y «tú», y decían ¡salud! en lugar de buenos días», como narró George Orwell en *Homenaje a Cataluña*.

Centrémonos ahora en el contenido del volumen que el lector está a punto de leer. La obra se divide en dos partes. Como íncipit, que sería reductivo definir como capítulo introductorio, tenemos unas primeras páginas dedicadas a la literatura y a la violencia política. Aquí podemos encontrar ya la esencia de esta publicación, cuya investigación se coloca en la frontera entre la difusión de la violencia y el mundo de la cultura. A menudo, tal y como se descubrirá adentrándose en los meandros de estas páginas, el recurso a las armas fue legitimado por un discurso cultural que lo favoreció. Por lo tanto, en esta misma visión de conjunto es posible vislumbrar nexos comunes entre las diferentes vertientes culturales y las aproximaciones revolucionarias. El sueño se alimentó del mito y la errónea interpretación del mito acabó con el sueño. Los intelectuales (algunos de ellos, no todos, evidentemente) promovieron una profunda crítica contracultural de lo burgués sin tener en cuenta (o simplemente obviando) que de esa misma burguesía eran piezas clave. Por lo tanto la posición más recurrente fue la del aburguesado antisistema. De quien proponía sacudir el sistema y, en su vertiente más radical, derrumbarlo, para así lograr lo que el espíritu de la revolución social auspiciaba en su delirio de cambio irreversible. No importaba cómo, lo que interesaba era

guiarse por ese olfato revolucionario (desafortunadamente a menudo autodestructivo) que pareció imperar a partir de la segunda posguerra.

Que mucho de ese espíritu revolucionario tuviera que ver con Cuba, y su exitosa revolución pasada por el filtro del Movimiento del 68, no ha de extrañarnos. Por ello, consideramos importante centrar nuestros estudios en los fenómenos de corte revolucionario aparecidos en Iberoamérica, la mayoría de los cuales beben de los dictámenes y de las hazañas de Castro, el Che y los suyos. Se encuentran aquí a los Tupamaros uruguayos, precursores de la guerrilla urbana; al Ejército Zapatista de Liberación Nacional mejicano y su creación del modelo de revolucionario bondadoso tan presente en el imaginario colectivo; a la Revolución de Octubre en Guatemala liderada por Jacobo Árbenz, que derrocó al gobierno de Federico Ponce Vaidés; y al sueño de la revolución peruana. A estos estudios centrados en la vertiente latinoamericana se suma uno sobre Carlos el Chacal, figura controvertida y precursor del terrorismo internacional, el cual, a pesar de ser venezolano de origen abandonó su país para involucrarse en la lucha por la independencia del pueblo palestino; y otro, centrado en la organización terrorista italiana Primera Línea, nacida de las cenizas de ese largo 68 que se vivió en Italia, cuyos dictámenes ideológicos miraban al marxismo-leninismo al cual le añadieron toques de obrerismo.

En la segunda parte, la contracultura y la canción protesta toman el relevo de la violencia. El foco de atención se mantiene alrededor del 68, sin embargo, ya antes y sobre todo después de esa famosa fecha, una parte de la cultura (la más politizada) avivó la llama del espíritu revolucionario. Los que ondeaban esa bandera hecha de muchas pretensiones y de pocas obligaciones eran, en su mayoría, jóvenes que confundían las libertades colectivas con las pretensiones individuales, que se oponían a la sociedad de sus padres, culpables, según ellos, de haber creado un mundo injusto y desequilibrado. Proponía un igualitarismo de fachada que lo único que perseguía, en el fondo, era que se vieran comprometidas justamente aquellas libertades a las que la sociedad se había acostumbrado. El choque llegó a ser generacional. Donde los hijos criticaban a los padres, pero al mismo tiempo se beneficiaban de las libertades de las que los padres, en su juventud, nunca pudieron gozar.

Cierto es que el mundo no era, ni mucho menos, perfecto. ¿Y cuándo lo ha sido? La Guerra de Vietnam y las revueltas raciales golpearon duramente los Estados Unidos, el terrorismo se cebó con Europa, las crisis económicas debilitaron a todo el mundo occidental, la propagación de regímenes autoritarios que amordazaron a la población disidente en Iberoamérica, son claros ejemplos de que mucho tenía que mejorar aún, pero podemos atrevernos a afirmar que aquel era el mejor mundo posible en el cual vivir hasta esa fecha. Sin embargo, la idea que muchos jóvenes tenían de que con veinte años ya no se podía aspirar a nada mejor que tener un trabajo (el que fuera, a menudo un trabajo mecánico, repetitivo y alienante), formar una familia, comprarse un coche y contar los días para la jubilación era algo que espantaba a una parte de los jóvenes de esa época. No querían conformarse con lo que les repetían sus padres, que habían vivido

guerras, pobreza y carestías. Por lo tanto, se fueron perfeccionando diferentes maneras de rebelarse contra esa condición de vida ya prefijada que para la mayoría sonaba como una imposición que llegaba desde arriba, desde las élites. Festivales de música, literatura alternativa, compromiso con el medioambiente, todo valía para sensibilizar a los demás y para autoconscienciarse de que, si se deseaba un futuro mejor, eran los más jóvenes los que se tenían que empeñar en conseguirlo, ya que el legado que les dejarían los mayores iba a ser nefasto.

A formas poco agresivas de protesta y de rebelión siguieron modalidades violentas. Este libro se cierra justamente con un capítulo sobre esa conmixión entre protesta masiva y violencia terrorista. La lucha armada considerada para una parte de la población, mínima pero muy beligerante, como sucedáneo de la política.

JOSÉ MANUEL AZCONA y MAJLINDA ABDIU  
4 de marzo de 2020

Durante la Guerra Fría pareció la revolución encantar al mundo entero con su esperanza de emancipación. El progresivo levantamiento del telón soviético (Hungría 1956, Praga 1968, Berlín 1989) supuso el despertar del sueño dogmático de la revolución y, con él, acaso el fin de la comprensión de la propia revolución como mascarón de proa de la historia. Tres fueron los acontecimientos que pueden indicar el inicio del fin del ciclo que nos ocupa. La revolución de Mayo del 68, fue una rebelión extraña e inversa, realizada desde la abundancia y no desde la miseria, desde el individuo y no desde el grupo, desde las minorías y no desde la mayoría. Marcaba así el fin a aquellas vías de racionalización que habían resultado propias de Occidente. Estamos ante una revolución ya no moderna, sino posmoderna. En segundo lugar, la Revolución Islámica de Irán de 1979; en donde ésta, por primera vez, ni hablaba el lenguaje de la tradición revolucionaria iniciada en 1789, ni marcaba el avance que se le presupone a la concepción clásica de cualquier sublevación popular. Sino, al contrario, estamos ante una involución de varios siglos y el inicio de la nueva lógica de los fundamentalismos. Y, por último, la caída del muro en 1989 que, salvo posiciones extravagantes, disipaba cualquier duda sobre los resultados del «socialismo realmente existente» y, con ello, y quizás también con la sublevación estudiantil en la plaza de Tiananmen en China en 1989, disipaba también el sueño de la revolución social que había recorrido el siglo XX. Este libro titulado «El sueño de la Revolución social: contracultura, canción-protesta y Kalashnikov» propone un análisis más contemporáneo y profundo de la revolución social como realidad histórica universal.

